

SAMUEL ORTIZ PÉREZ

UN ESPACIO COOPERATIVO

SOBERANÍA ALIMENTARIA Y SOLIDARIDAD
INTERNACIONALISTA CAMPESINA

Icaria ✚ Antrazyt
SOBERANÍA ALIMENTARIA

ÍNDICE

Prólogo, *Janaina Strozake* 9

Introducción 13

LA DERIVA ESPACIAL DE LA PRODUCCIÓN AGROALIMENTARIA 19

- I. Racionalidad espacial del capital y su vocación expansiva 21
- II. Huellas de la liberalización económica: dinámicas de concentración y monopolios 29
- III. La dialéctica territorial de la acumulación y el empobrecimiento 41

GEOGRAFÍAS PARA UNA SOBERANÍA ALIMENTARIA 75

- I. Soberanía alimentaria: relaciones de poder y lucha por la identidad de los pueblos 77
- II. La espacialidad de la soberanía alimentaria 85
- III. Movimientos socioterritoriales hacia la producción espacial de una soberanía alimentaria 113

TRABAJO COOPERATIVO Y SOLIDARIDAD
INTERNACIONALISTA COMO ALTERNATIVA
SOCIOESPACIAL 121

- I. Territorialización de la práctica cooperativista:
disyuntivas en la cadena agroalimentaria 123
 - II. Intercooperación cooperativa para la transformación
de la lógica del capital 131
 - III. ¿Qué queda de la solidaridad internacionalista
de clase? 139
- Conclusiones 145
- Bibliografía 151

PRÓLOGO

Janaina Strozake*

Todas y todos comemos, todos los días, o al menos esa es nuestra necesidad. ¿Qué comemos? ¿De dónde viene? ¿Quién ha producido esa comida? ¿Cómo la ha producido? No solemos hacernos esas preguntas, pero quizá deberíamos, en especial si nos gusta la buena comida, con sabor y olor a paraíso. ¿Por qué deberíamos preguntarnos sobre lo que comemos?

Primero, porque la alimentación es un mandado de vida: o nos alimentamos o morimos. Me puedo alimentar con unas hamburguesas que saben a cartón, ¿verdad?, sé que no lo disfrutaría, pero es posible que me mantenga viva. La cosa es que a mí me gusta la «comida de la abuela», con aquel olor que aviva toda la vecindad, con un sabor a cielo, con productos que una puede decir «estas alubias son de Somio», o «ese rico pescado es de una comunidad cerca de Santa Pola» o «esos tomates son de mi huerto».

Segundo, porque comer sano implica buen vivir, salud en su más amplio sentido. Comer hamburguesas o pasta o patatas fritas, todos productos procesados que saben a cartón, tomando refrescos que nadie sabe cómo han sido producidos pero que tienen muchísimo azúcar, conduce a altos índices de obesidad y diabetes, entre otros. Y comer comida basura producida con agrotóxicos (pesticidas,

* Movimento dos trabalhadores e trabalhadoras rurais Sem Terra (MST-Brasil).

herbicidas, etc.) lleva a cánceres, malformación de fetos, abortos espontáneos, enfermedades neurológicas, etc.¹

Tercero, porque de la manera como se produce aquello con que nos alimentamos resulta un paisaje u otro. Podemos tener unas ciudades rodeadas por kilómetros y kilómetros de monopaisajes, digo, monocultivos, que conllevan en su lógica el exterminio del bosque natural, la sequía de las fuentes de agua, el uso intensivo de agroquímicos, la desertificación de plantas, animales, personas, pensamiento. O podemos elegir el policultivo, el campo lleno de gente, flora y fauna diversos, sonidos y colores varios, vida y pensamiento abundante.

Cuarto, porque comer es un acto político. Cuando elijo mi comida, estoy apostando por uno u otro proyecto de producción de alimentos: el campesinado, en sus muchas maneras de vivir y producir, o el agronegocio, que produce homogéneamente: el mismo paquete de semillas transgénicas, el mismo paquete de agroquímicos, el mismo paquete de maquinaria, la misma industria, la misma alimentación en todo el globo terrestre.

La propuesta campesina de soberanía alimentaria, formulada a partir de la Vía Campesina, una articulación de movimientos campesinos de todos los continentes, implica el desarrollo de la agroecología, de formas cooperativas de producción y de la profundización y expansión de la solidaridad de clase.

La perspectiva de clase social es lo que permite pensar un cambio estructural en la sociedad, rompiendo con el capitalismo y su característica explotación de unos pocos sobre muchas/os. Las cooperativas no han nacido para construir un mundo distinto del mundo del capital; más bien, surgieron como una forma de amortiguar sus efectos sin romper con las estructuras burguesas. De todos modos, diversas prácticas de cooperación siempre han estado presentes en

1. Sobre los impactos de los agroquímicos en la salud, ver Marcia Riva (2008) *Atenção à saúde de pequenos agricultores do município de Encruzilhada do Sul — RS*, Departamento de Fonoaudiología, Centro Universitario Metodista, Porto Alegre, Brasil, y Alejandra Paganelli et al. (2010) *Glyphosate-Based Herbicides Produce Teratogenic Effects on Vertebrates by Impairing Retinoic Acid Signaling*, Laboratorio de Embriología Molecular, CONICET-UBA, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

el modo de vivir campesino: la ayuda mutua, el intercambio de días de trabajo, la minga, etc. Y, más recientemente, organizaciones campesinas, como el Movimiento Sin Tierra de Brasil, se han apropiado de la idea de cooperativas tradicionales, transformándolas, en su existir concreto, en espacios de antagonismo a la sociedad burguesa. Es ese nuevo espacio cooperativo que está brillantemente retratado y discutido en este texto que tienes en las manos.

La producción agroecológica es otro signo de la clase trabajadora en el campo. Si hablamos únicamente de producción orgánica, hemos visto que el agronegocio también lo intenta, justamente retirando la perspectiva de clase. Syngenta incluso dispone de un departamento de «producción biológica», al lado, claro, de su enorme producción de pesticidas y antidepresivos (Syngenta/Novartis). Hablar de agroecología es hablar de modos de vivir, no solo de producir. Agroecología es una unión de antiguas sabidurías campesinas e indígenas con novedosos conocimientos elaborados en la academia y en el cotidiano de las familias agricultoras; son formas orgánicas y saludables de producir alimentos y materias primas, son otras relaciones humanas entre mujeres-hombres, mayores-jóvenes, niñas/os, con respeto y paz; son otras relaciones con la naturaleza y la propia alimentación, ya que la campesina/o pisan la tierra donde siembran, y se alimentan de lo que de ella cosechan. La soberanía alimentaria solo puede ser construida con base en la agroecología.

Sin ignorar la opresión de etnia, género y edad, no podemos perder la perspectiva de clase. Hasta el momento, la propuesta campesina de organización de base, de movimiento social democrático, de producción agroecológica, de cooperación y solidaridad en sus diversas formas, supera con creces la reducida oferta que nos hace el agronegocio y su lógica mortífera.

Esa perspectiva está muy bien marcada en este libro, como explica Samuel Ortiz en la Introducción:

[...] este libro versa sobre la relevancia de aquellas prácticas socioterritoriales surgidas en el campo y en la ciudad durante los últimos años, que cuestionan la configuración del espacio geográfico actual —el espacio del capital— y que tratan de materializar (*territorializar*) la ayuda mutua y la solidaridad en la organización del proceso de trabajo, fundamentalmente en

la esfera de la producción, pero también en la del consumo agroalimentario.

La clase trabajadora es quien tiene, en este momento, la capacidad para, desde la «situación contradictoria» que vive, construir lo nuevo en el antagonismo a la sociedad burguesa.

El propio Samuel Ortiz ha experimentado esa contradicción: desde su niñez en Santa Pola, Alicante, pueblo pesquero, casi sin agricultura, a la experiencia en el movimiento estudiantil y sus muchas luchas (desde el transporte universitario hasta el pacifismo en contra de las guerras, en especial la guerra en Irak), construye en sí mismo una convicción de que el hambre y la pobreza están entre los más graves problemas de la humanidad; esa convicción que le acompaña en los estudios en Geografía y el toparse con una universidad poco comprometida con la superación de esos problemas, hace latente la contradicción. ¿Dónde, al final, está el espacio de lucha para hacer un mundo mejor para todas y todos?

Ortiz encuentra su espacio de conexión entre la teoría y la práctica en el partido político, en los movimientos sociales como Entrepueblos y en la construcción de esa solidaridad internacionalista, con una militancia y un amor que trasciende el océano tocando otros continentes.

Este libro es el testimonio de quien ha vivido la lucha, los dolores, los deseos de los protagonistas. Sin caer en maniqueísmos, sin negar las contradicciones, Samuel nos brinda un primoroso trabajo de geógrafo, aunando el rigor científico con el compromiso con la clase trabajadora.

En Paranacity, Paraná-Brasil, 8 de marzo de 2015

INTRODUCCIÓN

Cavar la tierra es un acto común en el campo, una actividad eterna. Se puede cavar esclavizado, de siervo para un señor feudal, de asalariado para una empresa o como cooperativista y campesino. Se puede cavar para la supervivencia de una familia en un lugar inhóspito, para una corporación transnacional que expolia bienes naturales ajenos, cavar para una empresa exportadora de materias primas, en la parcela de un gran terrateniente... o cavar en un campo colectivo, produciendo para la distribución de un grupo de consumidores de alimentos ecológicos. Cavar en una explotación particular o en una tierra colectiva, para una sociedad cooperativa, donde concentrar la producción junto con otros productores y colaborar entre sí, o bien para una asociación de productores o en una cooperativa agroalimentaria en el seno de un movimiento campesino organizado. Cavar en una escuela de formación técnica agropecuaria, en el terreno de una universidad pública, en un instituto de ingeniería agronómica de gestión privada o en las tierras de una universidad privada, o también en una escuela de formación en Agroecología y Soberanía Alimentaria de un movimiento social como acción pedagógica y transformadora. Se puede arar la tierra con una azada en solitario o en colectivo, cavar la tierra con maquinaria de alta capacidad tecnológica o con otras más modestas, con máquinas arrendadas a terceros o bien mediante herramientas y máquinas cuya propiedad es social y jurídicamente colectiva.

En suma, se puede labrar la tierra de diferentes maneras y en diferentes contextos sociales, económicos y políticos. Empero, el

tradicional acto de cavar la tierra no siempre tiene la misma lectura ni el mismo significado para la sociedad ni tampoco para el espacio geográfico. Ello depende de la relación dialéctica entre sí, que incluye las relaciones socioespaciales en las que se desenvuelve el propio acto de cavar y que la hace naturalmente distintas.

Con este propósito, David Harvey, desde su comprometida visión geográfica, subraya que «con el fin de descubrir las relaciones internas que revelan su verdadera naturaleza [...] una acción no se puede comprender sin entender todo el marco social del que forma parte [...], cuyo significado se interioriza *en* la acción, pero solo podemos descubrir lo que la acción interioriza mediante un estudio y una reconstrucción cuidadosos de las *relaciones* que esta expresa con los sucesos y las acciones que la rodean» (Harvey, 2007a: 88-89). Por tanto, la comprensión integral de las acciones desarrolladas en una realidad social concreta está sujeta a las relaciones dialécticas que se suceden en el movimiento totalizador de la misma y en su interrelación con las partes. Unas partes que constituyen una infinita dinámica de totalización de la realidad social completa, de la cual el *espacio* representa una parte imbricada en dicho proceso.

En esta realidad dialéctica, el espacio geográfico, y la esencia de su configuración, ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Por ello, advierte Horieste Gomes que «como los geógrafos deben tener como objeto de investigación la búsqueda de una organización espacial coincidente con la organización social, es necesario que se cuestione toda organización espacial» (Gomes, 1991: 62). De esta manera, discutiendo el espacio geográfico, se aprecia que la producción del espacio no es aleatoria, no se considera independiente o ajena a las relaciones sociales y, por consiguiente, tampoco lo es respecto a las relaciones de poder establecidas. En el desempeño de estas relaciones de poder poseen, quizás, una mayor representatividad aquellas categorías vinculadas a la organización del trabajo y al modo de producción.

En este libro, la línea principal de análisis se ha enfocado hacia la organización del trabajo cooperativo desde una perspectiva espacial en el ámbito de la producción agroalimentaria, una propuesta inmersa en una realidad ciertamente contradictoria. Así, con el título *Un espacio cooperativo: soberanía alimentaria y solidaridad internacionalista campesina* se pretende contribuir a la actividad teórica y

científica acerca de la producción del espacio geográfico y sobre la relevancia que el trabajo cooperativo y la práctica de la ayuda mutua desempeñan en él, centrándose sobre todo en la cuestión campesina y la problemática agroalimentaria.

Versa sobre un diagnóstico acerca de cómo se podrían transformar las relaciones de poder espacial mediante una reestructuración del trabajo cooperativo y de la praxis de la ayuda mutua en la esfera de la producción, distribución y consumo de productos agroalimentarios. Unas dinámicas impulsadas y protagonizadas por movimientos sociales campesinos y otros localizados en las áreas urbanas. Asimismo, el cuestionamiento de las relaciones de poder e identidad territorial que representan aquellas dinámicas de transformación espacial bajo los criterios de construcción de una *soberanía alimentaria* y de la *solidaridad internacionalista campesina*, que se proyecta en la actualidad como una alternativa social y espacial.

El libro está estructurado en tres partes diferenciadas. En la primera de ellas se pretende abordar la deriva espacial del modo de producción capitalista desde la esfera agroalimentaria, atendiendo a los procesos de expansión, concentración y monopolización del sector. Así pues, la lógica de acumulación del capital proyecta una serie de contradicciones materializadas en la dialéctica relación entre aquellos territorios para la acumulación y otros territorios anclados en el empobrecimiento, que forman parte del mismo proceso de producción espacial.

La segunda parte procura una exposición de alternativas con el fin de aportar novedosos elementos de análisis en relación a un nuevo paradigma de relaciones socioespaciales: la soberanía alimentaria. Para ello, desde la ciencia geográfica, se realiza un diagnóstico de su significado, su proyecto espacial y sus implicaciones territoriales ligadas a las relaciones de poder y luchas identitarias, en defensa de unas formas de vida concretas y de la dignidad humana. La «espacialidad» o «el espacio de una soberanía alimentaria» implican la materialización de otras prácticas impulsadas sobre el territorio con el objetivo de cuestionar directamente las actuales relaciones de poder, al menos, en materia agroalimentaria, aunque no únicamente. De manera que esta nueva reproducción espacial queda cristalizada a través de las siguientes acciones: la territorialización de una agricultura familiar y campesina; la agroecología; la defensa

del territorio-cuerpo y del territorio-tierra como un *espacio de salud*; la configuración de «espacios» educativos para la formación política y cooperativa; la pequeña producción local articulada con alianzas territoriales (campo-ciudad); el debate sobre la accesibilidad y la apropiación colectiva de los medios de producción, y, finalmente, mediante la práctica (socioterritorial) real de una ayuda mutua y la organización de un trabajo cooperativo en el conjunto de la cadena productiva agroalimentaria. Y todo ello desde una clara posición contestataria, surgida en el seno de la propia dinámica espacial contradictoria del capital en la que se insertan los movimientos sociales o socioterritoriales que impulsan alternativas de territorialidad y, por tanto, de organización espacial. Destacan, en este caso, aquellos articulados en torno a la organización internacional Vía Campesina, que reclaman la construcción de una «Soberanía Alimentaria de los Pueblos» y que influyen directamente en la transformación del espacio geográfico.

La tercera de las partes pretende servir a la construcción de una alternativa (o alternativas) socioespacial fundamentada en la práctica espacial de un trabajo cooperativo y en la solidaridad internacionalista campesina. Esta proposición queda avalada por la investigación científica y la militancia política efectuada en contextos territoriales diversos, que a pesar de ello aúnan un proyecto socioespacial análogo. Se ha constatado la coexistencia de dinámicas territoriales cooperativizadas que actúan como movimientos sociales no-capitalistas y que promueven la estructuración de un trabajo cooperativo en el conjunto de la cadena productiva; con especial insistencia en su realización en la esfera de la producción y del trabajo colectivo de la tierra, así como en la integración de la práctica cooperativa también en la esfera del consumo, con una clara disposición por impulsar una alternativa social, política y espacial. Este planteamiento requiere, a su vez, el estudio de tres componentes: las contradicciones elementales ocurridas en el interior del movimiento cooperativo, condicionado desde sus orígenes por el transcurso y evolución del modo de producción capitalista; los mecanismos sociales, técnicos y económicos que adquieren el trabajo cooperativo y las cooperativas para la transformación de la lógica de producción del capital; y, por último, la reivindicación de la cooperación internacional, fundamentada en una solidaridad internacionalista de clase, como

elemento indispensable en la evolución de los seres humanos organizados en sociedad.

En síntesis, este libro versa sobre la relevancia de aquellas prácticas socioterritoriales surgidas en el campo y en la ciudad durante los últimos años, que cuestionan la configuración del espacio geográfico actual —el espacio del capital— y que tratan de materializar (*territorializar*) la ayuda mutua y la solidaridad en la organización del proceso de trabajo, fundamentalmente en la esfera de la producción, pero también en la del consumo agroalimentario. Aunque para ello es preciso asumir la situación contradictoria a la que se enfrentan tanto las cooperativas como los movimientos sociales en lucha por la soberanía alimentaria; sin dejar de reconocer la lucha social cotidiana que busca configurar otras dinámicas territoriales encaminadas hacia la transformación del espacio geográfico, hacia un espacio cooperativo.

